

EL CASTILLO DE ROJAS

Una de las características que definieron a España ante el mundo fue la de ser tierra de abundantes castillos, y precisamente su generalización es lo que dió nombre a Castilla.

Uno de estos castillos fue el de Rojas, bello, altivo y dominador de toda la campiña burebana. Cuando pasadas las centurias de su preponderancia y esplendor llegaron las de su ruina, el desordenado afán de lucro de alguno de sus vecinos, se cebó en el desmantelamiento de sus sillares para edificar sus casas y cercas de huertas.

Y el castillo desmantelado se convirtió en ruinas hoscas, muñones informes, no quedando en pie más que la parte del Poniente de la torre del homenaje con más de veinte metros de altura y gran parte de lo que pudo ser capilla y vivienda del castillo.

En la Edad Media este castillo era el centro político y militar de gran parte de la Bureba, y, sobre todo, en los veinte pueblos que constituían la Merindad y jurisdicción de Rojas, algunos de ellos ya desaparecidos, y que dió nombre a una Cuadrilla de la Bureba, formada por Abajas, Arconada, Bárcena, Carcedo de Bureba, Castil de Lences, Lermilla, Movilla, Piérnigas, Quintanarraz, Quintanaurria, Quintanilla Cabe Rojas, Rojas, Rublacedo de Abajo, Rublacedo de Arriba, Rucandío, San Clemente, San Pedro de Cañucas, Solas de Bureba, Valdearnedo y el despoblado de San Andrés de Carcedillo, más los anejos de Rojas, como eran Moscadero, San Millán de Suso y Santibáñez de Rojas.

En este castillo, como en todos los demás, estaban la soberanía, la justicia, el orden, la despensa y el arsenal. Nada valían los pueblos y aldeas de sus alrededores si les faltaba la sombra, a un tiempo protectora y dominadora del castillo.

Sin el castillo la Bureba y estos pueblos eran anarquía y luego tierra abandonada, porque los hombres huían con aperos, ajuares y ganados, buscando el amparo del castillo, donde el balletero montaba guardia para

imponer el orden y dispensar una protección de la que nació el pacto medieval del feudalismo.

El castillo de Rojas es una mole ceñuda que impone. Se ve en él al nidal de guerreros que despreciando las comodidades se avenía a la vida dura y hosca del picacho y terreno árido y pelado que le rodea, sin otra posibilidad de tener agua en tiempo de asedios, más que la recogida en los aljibes, o procedentes de los tejados durante las lluvias, porque el agua corriente, en la hondonada del Ojuelo, se halla a más de quinientos metros de distancia.

El viento helado invernal, que en gran parte del año recorre la estepa burebana, entraría por sus ventanales y aspilleras, como el bochorno del verano calcinaría sus piedras de color de estopa. Los refinamientos fueron allí cosa desconocida. Duros los lechos de tablas inclinadas para los soldados, parcas y sobrias las salas señoriales, en las que sólo algún tapiz daba la nota de suntuosidad.

La gran cocina, siempre bien abastecida de leña, que por vereda habían de proveer los vecinos sujetos al castillo, en cantidad de tres cargas al año, una en cada Pascua; en dicha cocina se aderezaban los perniles asados, y de su bodega salta el vino chacolí de las viñas de Valdepío y de Tragahombres, que se bebía en vasos de estaño o en jarras de barro.

Construído este castillo en la época de la Reconquista, durante el siglo x, sobre una altura que domina toda la cuenca de los ríos Remequen y Papagón (a) río de Santa Casilda, parte de su torre sigue irguiéndose después de mil años sobre el verde paisaje de la Bureba. A sus pies se extienden las tierras de labrantío del Ojuelo y Santibáñez, a sus espaldas el valle y cuestras de Trascastillo y Trassanjuan. De su primitiva fábrica no se conoce fecha, ha existido siempre en el recuerdo de muchas generaciones. Se sabe que fue reconstruído por don Sancho de Rojas, hacia el año 1300.

La torre del homenaje era cuadrilonga y conserva en lo más alto unos bellos ajimeces ornamentando un ventanal que tiene bancos de piedra a cada lado. Aun quedan también dos canecillos moldurados del alero del tejado.

A la parte del noroeste queda lo que parece fue capilla y vivienda del castillo con dos ventanales preciosos, uno de ellos lobulado y con molduras, y el otro cuadrangular, en el que se ve que ha tenido rejas de defensa con una bonita moldura en el remate.

Aún se conocen perfectamente los huecos donde iban los cuarterones que dividían los pisos. El piso principal de la torre del homenaje era abovedado, con arco de medio punto, ostentando en la ménsula un busto de hombre. A continuación se aprecian otros dos pisos. En el primero

citado hay cuatro aspilleras para disparar, y en el último, el ventanal con ajimeces ya dicho. Los muros son de dos metros de espesor; de la mitad hacia arriba está construido de toba, traída probablemente de Buezo, donde únicamente se encuentra esta piedra de construcción.

Entre los encargados de la repoblación y defensa de la Bureba, después que fue liberado el territorio por los condes de Castilla, figuran los de Vizcaya, y de éstos proceden los Rojas, por Diego Sánchez de Rojas, que tomó este apellido por haber tenido esta villa, y fue hijo de Sancho Díaz, nieto de Diego López de Haro, el Blanco, señor de Vizcaya.

El primero de quien tenemos noticias documentales, es Diego Muñoz de Rojas; según memorias escritas del archivo de Cardena fue mayordomo del emperador Alfonso VII, y está sepultado en la iglesia de dicho monasterio (P. Arganza).

Sancho Díaz de Rojas tuvo por hijo a Diego Sánchez de Rojas, quien en doña Urraca Díaz tuvo a Lope Díaz de Rojas, señor de Rojas, y éste a Sancho Ruiz de Rojas, que se halló en la conquista de Sevilla en 1248, y casado con doña Inés Gutiérrez de Sandoval dejó dos hijos que formaron las dos grandes líneas de este linaje, o sea, Rui Díaz, señor de Rojas, y Sancho Sánchez Díaz continuó la sucesión, habiendo memoria de él en el año 1262. Casó con doña María López de Sonsoles y le sucedió D. Juan Rodríguez de Rojas, rico hombre de Castilla, Justicia Mayor de la Casa del Rey, señor de la Casa de Rojas y primero de Poza y de Pedrajas el 1299.

Señora del castillo de Rojas fue doña Sancha de Rojas, esposa del Adelantado Mayor de Castilla Gómez Manrique, fundador del convento de Fresdelval. Dicha doña Sancha de Rojas fundó en Rojas, en 1417, un convento de padres dominicos, junto al castillo de Rojas, para lo que le cedió su iglesia de Nuestra Señora de Cinco Altares y su palacio, casas, pajares, mas todo el pueblo. Su archivo está en la parroquia de Rojas, y es interesantísimo.

En la historia y leyendas de este castillo, parece ser que Enrique III, llamado el Doliente, le puso asedio porque su dueño se había revelado contra el rey y había tenido la villanía de disparar contra su persona. Siguió sañudamente el cerco hasta rendir por hambre el castillo y entonces se postró ante el rey pidiéndole perdón, pero éste no quiso concedérselo, sino que mandó decapitarle y que su cabeza se colgase de una escarpia en la pared para escarmiento de otros. ¿Será de éste el sepulcro que hace dos años se descubrió debajo del castillo conteniendo un esqueleto sin cabeza? Dicho sepulcro es de piedra de una sola pieza y con tapa de lo mismo, habiendo grabados en sus paredes varios círculos concéntricos. También visitó este castillo el rey don Enrique IV, cuando resistió su ejército en los campos de Marinsena, de Rojas (Dic. Madoz).

Al castillo de Rojas no podía faltarle su leyenda, y ésta dice que pasando por aquí un caballero francés, camino de Santiago de Compostela, recibió su hospitalidad, durante la cual se suscitó una contienda. No queriendo que fuese en estas tierras, lo hicieron en la misma frontera, donde quedó muerto el francés. Entonces el señor del castillo de Rojas pasó a Francia y se apoderó de la viuda, la trajo a Rojas y se casó con ella.

No se sabe cuando se arruinó el castillo, pero la tradición del pueblo dice que desde entonces se guarda la fiesta de San Maurício el día 22 de septiembre en acción de gracias por no haber habido desgracias.

Se ignora la razón que tuvo la familia de Rojas para escoger la estrella que a veces aparece sola en su escudo heráldico, como aún puede verse en una casa del pueblo; también aparecen solitarias las estrellas en la primera bóveda de la iglesia, en las claves rodeando a la imagen en piedra del apóstol San Andrés, que es su patrón.

D. Narciso Sentenach hizo una excursión por la Bureba en el año 1924, y las impresiones de este viaje fueron publicadas en el «Boletín de Excursiones», en su segundo trimestre; después de describir a muchos pueblos, dice del escudo de Rojas: «El castillo por este lado cierra el horizonte, es una desgarrada ruina sobre la que de noche se destacan grandiosas las estrellas de la Osa Mayor, origen del blasón de los señores de Rojas en su más reducida fórmula de cinco estrellas, pero no esquinado primitivamente, sino con una de ellas al lado de las cuatro, como se ve en la curiosísima mesa de piedra que se conserva en el Ayuntamiento de este pueblo, procedente de la ermita de Santiuste». «Sin duda dicha mesa es el monumento más antiguo que reproducía su escudo de cinco estrellas. Estaba en Rojas y servía de mesa de altar en la ermita de los santos Justo y Pastor (hoy Santiuste) antiguo convento de benedictinos dependiente del monasterio de Oña, y que el Ayuntamiento de Rojas, al desaparecer dicha ermita, a principios del siglo pasado, la convirtió en mesa de la casa villa de Rojas». Finalmente fue vendida, juntamente con dieciseis canecillos románicos procedentes de la misma ermita de Santiuste.

Otro escudo de cinco estrellas sobre fondo azul se encuentra en la clave del crucero central de la iglesia de Rojas, otro igual en una huerta de Piérnigas, sin duda alguna llevado del convento de Nuestra Señora de Cinco Altares, de Rojas.

Todos los escudos que conozco en la Bureba, y son muchos, son de cinco estrellas; en cambio, la capilla de San Enrique, en la catedral de Burgos, que es fundación de los Rojas, todos aparecen de ocho estrellas.

ESTEBAN ROBLEDÓ DIEZ

Párroco de Rojas